

La palabra y futboladas

El fútbol mueve balones y “pelotas”, “cantares” y publicidad, pies y manos (“que me lo llevo calentito”). El lenguaje del fútbol también se mueve mucho y sin parar gracias a las palabras y las expresiones de sus usuarios: jugadores, periodistas de la cosa, público y demás escaparate bípedo que rodea a tal espectáculo. La familia léxica futbolera es rica, variada y hasta compleja, diría yo. Se difunde rápida como la pólvora de una mascletá, a través de los medios de comunicación; y como si del “trasvase Tajo-Segura” se tratara, sus términos van y vienen de la lengua general a la propia del deporte en una asimilación sin fisuras; la nomenclatura lingüística que caracteriza la jerga del “deporte rey” (terrible antigualla este cliché) está formada y recompuesta por un tótum revolútum de préstamos lingüísticos, calcos léxicos del francés y del inglés, barbarismos (no solo en la conversación sino también en la escritura), arcaísmos y extranjerismos, solecismos, metáforas y comparaciones sin parar, como el propio “esférico” en el terreno de juego y todo ello con la intención de transmitir emociones para narrar los hechos, cercanos y técnicos en una simbiosis de difícil maridaje. Ahí va un menú más o menos variado, porque en esto del fútbol, me quedo corta: poco sé, y no está entre mis intereses de ocio el bailoteo de varias decenas de extremidades, inferiores y superiores, durante 90 minutos, o más, según arbitraje. *Zamorada, chute, córner, línea, vaselina* (interesante su escenificación), *soltar el ancla, ser un coladero, salir a por uvas, fusilar al portero* (criminales), *acariciar el balón* (pinta erótico), *peinar la pelota, fairplay, hat-Trick, tirarse a la piscina, echar balones fuera*. Lo dicho: “cuestión de pelotas”.

Gracias a mis alumnas (y dos alumnos) de mi curso de Lengua y Literatura.

(Dedicado a algún futbolero que conozco)